

Sobre Historia Lingüística

LUIS JAIME CISNEROS

Una lengua tan noble, tan entera,
tan gentil, tan abundante (JUAN de
VALDES, Diálogo de la lengua)

A.— Lengua varonil, difícil y áspera de pronunciar a los forasteros, llama Covarrubias a nuestra lengua española, cuando quiere analizar "qual aya sido la propia que hablaron antiguamente". No importa que muchos contemporáneos de Covarrubias pensarán, como otros hoy, que esa antigüedad le correspondía al vascuence. Si fuéramos a estar con cuanto dicen los gramáticos antiguos y con cuanto repiten historiadores como Amador de los Ríos, Colmeiro y Lafuente, deberíamos admitir que en lo que hace a los primeros pobladores de España, la oscuridad lleva todavía las de ganar. Ni los recursos de la ciencia antropológica (con ser valiosos los estudios de interpretación) han conseguido establecer con certeza cuál sea la verdad. Respecto de los maragatos, por ejemplo, los estudios dialectales coadyuvarían a establecer la poca o nula influencia de los celtas, y nos orientarían, al parecer, en favor de los bereberes (1). El bereber, como se sabe, comparte con otras lenguas negras y europeas la extensión que va del Atlántico al oasis de Siwa, en Egipto, y del Mediterráneo al Senegal, la Nigeria, etc. (2); es lengua única quebrada en varios dialectos.

Ya casi ningún historiador de la lengua tiene por serio que el español derive del vasco, por lo menos de lo que hoy conocemos por vascuence. Lo cierto es que el vascuence permaneció reacio a la romanización, aun cuando asimiló la civilización romana e introdujo en su vocabulario, por cierto que adaptándolas a su fonética, buena cantidad de voces latinas (*abere*, "animal"; *errotá*, "molino"; *liburu*, "li-

bro"). Pero está muy oscura todavía la historia de esta lengua. Es lengua muy particular en cuanto a fisonomía, y la única anterior a las invasiones indoeuropeas que sobrevive en Europa occidental. Hoy la emparenta la crítica más severa con las lenguas del Cáucaso, así como con algunas lenguas africanas (4).

El vascuence compartía con el etrusco hasta hace poco el privilegio de constituir dos atrayentes incógnitas lingüísticas; el etrusco, anterior al latín, que debió de hablarse sin duda en Italia, y el éuscuro, vascuence de nuestros días (5). Para Menéndez Pidal, hace casi treinta años, era problema muy difícil entroncar al pueblo vasco "en el árbol genealógico de la raza". La ciencia no duda de la probable razón que parecía asistir a Aranzadi cuando emparentaba al vascuence con las lenguas de la edad de bronce, ni de las semejanzas que Gabelentz y Schuchardt hallaron entre el éuscuro y las lenguas africanas.

Los vascos fueron, sí, pueblo singular. Si la romanización los alcanzó en algún sentido, no fué por el lado lingüístico precisamente. Américo Castro señala, citando el *Liber Sancti Iacobi*, cómo los viajeros del siglo XII todavía recibían de los vasco-navarros una impresión de rusticidad, y tiene al hecho de que no se romanizaran lingüísticamente por elemento de orientación suficiente para afirmar su escasa participación en la vida de la península (6).

Por otra parte, el carácter no ibérico de los vascos estaría probado "con la diferencia esencial entre la cultura pirenaica y la almeriense y con los tipos antropológicos" de los mismos vascos (7). Antonio Tovar cree ver en el vascuence, más que una lengua ibérica, una cierta influencia iberizante, influencia no directamente solidaria de la llamada cultura ibérica (8): vasco e ibérico estarían relacionados por razones de convivencia (9). Y buena causa para que la romanización de quienes hablaban el vascuence se relajara hasta el extremo de atrasarse, parece haber sido, según Castro, el hundimiento de la monarquía visigoda (10).

Del contagio del vascuence con el latín ya se ocupaba Juan de Valdés: "según he entendido de personas que la entienden, esta lengua también a ella se le han pegado muchos vocablos latinos"; Valdés pensaba que el vascuence fuera lengua anterior a los romanos, pero termina confesando que, en el momento en que escribe, se le antoja más firme la preeminencia de la lengua griega como anterior al latín (11). Hoy estudia ese contacto, en comparación con el comportamiento frente al latín del gallego y otras lenguas románicas, Ernst Gamillscheg (12).

Los vascos hablaron una lengua ibérica, similar a la utilizada en Galicia y en Andalucía, como dice Menéndez Pidal: "el vasco se identifica con el ibero, no sólo por un número mayor o menor de vocablos, sino por características fonéticas y morfológicas esenciales que rebasan el concepto de los meros préstamos y nos llevan a la afirmación de que los vascos son uno de los infinitos pueblos de la tierra que han dejado su propio idioma para adaptar otro, y que ellos adoptaron el idioma de los iberos, tan superiores a ellos en cultura" (*ZRPh*, LIX, 190). Y como por entonces no había lo que pudiéramos llamar uniformidad lingüística en España, tampoco pudo haber la gran "uniformidad dialectal del español moderno", de que habla Meyer-Lübke. El vascuence, sin ser lengua indoeuropea, pertenece al mismo grupo lingüístico de las lenguas indoeuropeas (13). Meillet ya lo da por indoeuropeo; no descende del *ide.*, pero tiene, sí, caracteres que permiten hermanarlo con él, o dicho de otro modo, parece haber una lengua anterior de que todos ellos han arrancado. Ya las tesis de Philipon y de Schultzen sobre que el vascuence no poseía carácter ibérico ni era lengua hablada por los vascos, a quienes se señalaban antecedentes ligures, han sido suficientemente rebatidas. Lo mismo puede decirse de la tesis de Humboldt, que tenía al vasco por lengua de toda España. Hasta aventuramos siguiendo a Luchaire, que el vascuence fuera la lengua aquitana, con algunos elementos célticos. Y sabemos que hay coincidencia de elementos fonéticos y léxicos entre el vascuence y los dialectos románicos pirenaicos (14).

La vinculación del vascuence con el indoeuropeo aparece ya señalada, en lo que a los numerales se refiere, por Fidel Fita y Coloma (15); y es verdad que, como Castro Guisasola señala, "no aceptó a restringir estos a sus justos límites" y utilizó un método en cierto modo imprudente de identificaciones etimológicas, que quitaron claridad a su exposición. Esta relación se hace más patente al analizar la similitud en la formación por sufijos de los distributivos vascos y latinos (16). Y las explicaciones de las diferencias entre una y otra lengua se hacen por la fonética vascuence. La diferencia radical está en los verbos, cuya característica es la del doble juego de afijación de los pronombres personales en el vascuence (17), mientras que en las lenguas *ide.* tenemos solamente el sistema de la posposición. Pero ni éstas ni otras cualidades específicas de la conjugación vasca autorizarían a hablar de grandes diferencias entre esta lengua y las indoeuropeas, sino que, por lo contrario, harían pensar en más de una concordancia (18). Y este parentesco se refuerza, podríamos decir, con las

semejanzas que también cabe anotarle respecto de algunos dialectos itálicos cercanos al latín (19). Ello no impide que tenga relaciones morfológicas con el georgiano, entre el grupo de lenguas caucásicas.

El vascuence es lengua que resiste muy pobremente el procedimiento analítico. Schuchardt que ha sabido estudiarlo con detenimiento, no se atreve a decidir si es lengua que tenga o no declinación (20).

En resumen, las conexiones del vascuence son muy complejas, y difíciles de señalar. En la actualidad, está repartido en dialectos, de los que el vizcaíno "aparece contrapuesto a todos los demás". Y el estado de los estudios hace suponer que debe corregirse la tesis tradicional, que tiene al vascuence como lengua repartida por gran parte de España, "en el sentido de reducir al vascuence a las zonas que van del valle de Arán al Nervión, y desde la Rioja hasta la Aquitania". La toponimia vascuence, que parecía explicar algunos topónimos españoles, debe reducirse a la ibera (21).

Martinet ha llamado recientemente la atención (*Word*, VI, 224-233) sobre el comportamiento de las oclusivas en posición inicial, que se sonorizan en vascuence, así como sobre la conservación de las sordas intervocálicas; y aplicando al problema del vasco los métodos de la fonología ha puesto de relieve el valor distintivo que en el vascuence de hoy tienen sorda y sonora en posición medial. Estas observaciones han llevado al lingüista francés a sospechar la existencia de un sistema consonántico primitivo, que habría sido modificado lentamente por influencia de las lenguas románicas. Cumplida la romanización, el vascuence ha seguido aportando vocablos a la lengua española. Y aun cuando su dominio es más restringido que el que le cupo en la Edad Media, su aportación no es despreciable (22). Influencia éuscara parece explicar la desaparición del fonema *v*, como en la transformación de la *f* simple latina al pasar al español transformada en *h*, que se aspiraba en los siglos XV y XVI y continúa aspirándose en el habla vulgar de algunas regiones, aunque es muda en la lengua culta (*fabā*, "haba"; *farīna*, "harina"; *fusu*, "huso"; *fumu*, "humo"; *fungu*, "hongo"; *fundu*, "hondo"; *fībra*, "hebra"; *filu*, "hilo"; *formīca*, "hormiga"). Esto es, por cierto, mera hipótesis. Menéndez Pidal recuerda que uno de los más característicos rasgos de la lengua ibérica es la carencia de *f* y de *v* en ciertos dialectos, y nos invita a pensar en una probable influencia ibérica.

Recientemente, Menéndez Pidal ha actualizado este problema del vascuence al estudiar los dialectos Javier y Chabarri, atendiendo a la distribución de las isoglosas de ambos dialectos y la difusión de ambos

fenómenos en la Península (23). No queda resuelto, sin embargo, el problema de la identidad vasco-ibérica, aun cuando sí permiten las conclusiones del maestro de la filología española establecer ciertos rasgos afines entre el vasco y las tierras levantinas (24).

Fouché, sobre cuyas conclusiones debemos ser muy reservados, al intentar una definición acertada del vascuence, se inclina a pensarlo como una lengua mixta compuesta por cuatro elementos. El más antiguo, y al propio tiempo fuera del alcance de toda investigación moderna, sería el magdaleniano y estaría reducido, en un plano hipotético, a algunos vestigios lexicológicos. Los tres restantes serían el elemento altaico, el camítico y el caucásico, fáciles de rastrear por métodos modernos. La crítica admite, por lo general, la existencia de los dos últimos; Fouché insiste en reclamar la atención hacia el elemento altaico, explicable para él por la migración de los braquicéfalos alpinos, a fines del neolítico; tiene asimismo por probable la existencia de una antigua y extensa región, a lo largo de la vertiente sur de los Pirineos, donde se habría hablado una lengua de carácter vasco: la reducción de esa zona a lo que actualmente consideramos el área vascuence se habría producido, para Fouché, a partir de la época de la romanización (25). Es discutible. Mientras Bosch Gimpera piensa hoy en una unidad lingüística pirenaica, Tovar la niega.

Las últimas aportaciones conducen a descartar la implicación de lo vasco con lo ibérico. No se puede hablar, según ellas, de una identidad vasco-ibérica sino de cierta "coincidencia en hechos de vocabulario"; quedan claros, sí, como dijimos, algunos rasgos comunes al vasco y a las tierras levantinas, y no queda huella lingüística segura que permita hablar de que ese enlace se ha dado también en el vascuence y la zona norte (26).

Es muy difícil saber, en puridad, cuáles fueron las voces que el español tomó del vascuence. *Izquierdo* es palabra que los lingüistas conceden, por lo pronto, al vasco; Américo Castro recuerda que no hay palabra latina que pueda, por razones morfológicas y semánticas, referirse a esta palabra española, pues el latín solía servirse de las voces como *laevus* y *sinister*, y prefiere relacionar *izquierdo* con una forma anterior al latín, sobreviviente del vasco *ezkerr*. Pero el vascuence tomó muchas voces latinas (*caepulla*, "kipúla", "tipúla", "cebolla"; *fagus*, "pago", "hoya"; *figus*, "iko", "piko", "higo"; *rota*, "errotá", "rueda"; *vimen*, "mimem", "mimbre"). Menéndez Pidal tiene por palabras de procedencia vasca a *cazorro*, *cerro*, *guijarro*, *pizarra*.

La dificultad para conocer a ciencia cierta la evolución interna del vascuence radica en la carencia de literatura escrita, pues hasta el siglo XVI no se puede hablar de textos, aunque de palabras y giros vascos pueda hallarse documentación desde el siglo X. El primer libro éuskaro es de 1545. A lo largo de la zona pirenaica, desde Navarra hasta el Noguera Pallaresa, hay muchos topónimos compuestos por voces y sufijos vascos; fuera de esta región, verdad que en número reducido, hay también topónimos relacionados con dicha lengua. De todo ello se puede desprender la existencia anterior "de hablas primitivas estrechamente ligadas al vascuence" (27). Pero esto no puede llevarnos a pensar en una lengua anterior que se remontara hasta el origen del indoeuropeo, como se ha pretendido; tenerlo por hermano del ide. y por pariente del latín, resulta arbitrario desde el punto de vista histórico y fonético (EM, XII, 155). El vasco tuvo su centro en Navarra y se extendió probablemente, cuando la Reconquista, por Castilla hasta llegar a Burgos y lo que hoy es Logroño; dato interesante que permite considerar la extensión de esta lengua en el siglo XIII lo proporciona el hecho de que Fernando III haya otorgado "a los habitantes del valle de Ojacastro, en la Rioja, fuero para que pudieran declarar ante sus merinos en vascuence" (28). Esta penetración continua de los vascos en Castilla ha servido de apoyo para la reciente tesis de Martinet (RPH, V, 133-156) sobre la simplificación sorda-sonora y el ensordecimiento de silbantes y palatales producido en el XVI.

En momentos de la romanización, el aislamiento en que vivía el vascuence lo llevó a asimilar los sonidos latinos de modo muy diverso a los otros dialectos españoles. Recibió, sí, en la primera hora el modo de pronunciar de los latinos, pero desconoció (o mejor dicho, no llegó a conocer) la evolución que en las otras hablas románicas españolas fué sufriendo la lengua en su pronunciación. El vasco siguió pronunciando, al igual que la Cerdeña, aislada también, voces como *kerasea* y *plakere*, en pleno siglo III, cuando todas las regiones españolas tenían generalizada la pronunciación *tserasea* y *platsere*. Y si llega más tarde, cumplida la primera etapa, a pronunciar vocablos adaptándose a la nueva manera, es sencillamente porque los recibió en esa forma y no conoció las formas anteriores: no oyó el vascuence *kaelu* sino *taaelu* y formó, entonces, *zeru*, dada su natural tendencia a desfigurar la voz extranjera y ajustarla a su morfología y a su fonética particular (30). Nada autoriza, pues, a pensar en el vascuence como idioma románico; es anterior a la romanización española. No es verdad

tampoco que el vascuence sea lengua de sufijación, pues junto a formas como *gizon* "hombre", *gizona* "el hombre", *auri* es ejemplo de prefijo. En el siglo XIX fué recogida en Puente-la-Reina la forma *auri* "lluvia" (31). Y Lacombe recuerda cómo el artículo determinado *a* fué antiguamente *-ar*, resto de un demostrativo antiquísimo *har-*, *'kar-*, *'gar-*. Todavía por el 1571 había otro artículo determinado *-or*; el indeterminado *-bat* es el que sirve de nombre al número uno.

En realidad, el problema de los orígenes del vascuence consiste, como quiere Lafon, en determinar cómo se conformaron su sistema fonológico, su morfología y su vocabulario; en el primer sentido, ya representa un avance la mentada contribución de Martinet. La crítica actual se orienta hacia el parentesco del vasco con las lenguas caucásicas (32). Trombetti creía en ese parentesco en 1925, aunque no dejaba de considerar, por otro lado, una estrecha relación con el camítico meridional, cuyas especies cuchítica y nilótica tienen gran afinidad con el caucásico. Y cuando Marr pensaba, años atrás, en el mismo problema, sostenía que el vasco y las lenguas caucásicas integraban juntamente con el etrusco lo que él llamaba la familia jafética. Schuchardt trabajó comparando los vocabularios y las estructuras internas de ambas lenguas, y Marr y Trombetti se aplicaron a la comparación de la morfología; pero, si hemos de atender a Lafon, no aplicaron con rigor científico el método comparativo. En un reciente estudio, Lafon recuerda lo poco que del XVI acá se ha modificado el vascuence, y hasta opina que el actual difiere en muy poco del que se habló mil años atrás (33); llama en seguida la atención sobre que los sistemas fonológicos de las lenguas caucásicas son en verdad más ricos en consonantes que el vascuence. Anota también la existencia, entre las caucásicas, de dos modos de articulación de las oclusivas y las africadas: con oclusión completa de la glotis, y sin ella. La oposición *r/rr* reconocida en el vasco no se ofrece en ninguna lengua caucásica. Claro que ninguno de estos hechos autorizaría a traer otra vez a consideración la tesis de Luchaire, que prefirió emparentar el vascuence con la antigua lengua de los aquitanos. No hay documento lingüístico alguno de esa lengua, y parece bastar una referencia de César sobre que la Aquitania se caracterizaba y diferenciaba de las dos partes restantes de la Galia por su lengua, sus leyes y costumbres: la lengua de Aquitania sería, según esa opinión, la más antigua forma del vascuence, o dicho con más rigor, la lengua más cercana a la que hoy continúa el vasco. Si quisiéramos adoptar una posición, nos decidiríamos por la opinión de Lafon, para quien lo único admisible sería que

el vascuence y las lenguas caucásicas tienen en sus cauces raíces comunes para designar técnicas existentes desde el neolítico, las cuales permiten sospechar un período de vida común; pero este parentesco que la lingüística hace propicio no supone parentesco desde el punto de vista antropológico. No olvidemos que Aranzadi dijo que el vasco típico es "un aborigen de la Europa occidental".

B.— Nuestra información sobre las lenguas ibéricas, con ser por lo general muy reducida entre los estudiosos, se resiente en harto grado por escasez de materiales de consulta (34). Es en la España prerromana donde debemos buscar explicación a tantas "modalidades lingüísticas, peculiaridades de carácter de los pueblos y de sus instituciones, límites de los grupos políticos" (35).

Poca es la documentación que permita hablar de la existencia del ibero como lengua unitaria, ya que los estudios epigráficos nos inclinarían a pensar en lenguas y dialectos ibéricos (36). El ibero es lengua en parte casi desconocida, pues está librada a unos cuantos signos que —si conocidos— aun no logran ser descifrados totalmente, ni permiten reconstruir la fonética y la morfología. Algunos arqueólogos parecen dispuestos a admitir la existencia de elementos camíticos en la lengua ibérica, cosa que no parece estar muy alejada de la verdad, si advertimos que hasta ahora se han hallado particularidades camíticas en la sintaxis de esa lengua. Manuel Gómez Moreno (*BAH*, CXII) ha estudiado y sistematizado la escritura ibérica, y ha fundamentado, a propósito del plomo de Alcoy, la teoría del silabismo parcial de dicha lengua, ampliando así las ideas de Hübner (37). Los signos ibéricos reconocen, según la crítica, antecedentes en los jeroglíficos egipcios. Y Casares tiene por averiguado "que esa lengua se escribió con un silabario", lo que lleva a descartar "la posibilidad de que fuese semítica", como alguien pensó; en las lenguas semíticas el núcleo fónico-semántico está constituido por una combinación consonántica ("algo así como un signo taquígráfico", dice Casares), mientras que la lengua ibérica "presupone, por el contrario, una firme estabilidad de las vocales" y sólo admite el deslizamiento de las consonantes próximas "dentro de estrechos límites previstos", como ocurre con el japonés. Es lengua, pues, para Casares, silábica, que va caminando, como manda la historia, hacia el alfabeto (38). Este alfabeto ofrece dos formas, una para el norte y otra para el sur, que son menos importantes, como elementos diferenciales, que la diferencia de sentido que su escritura ofrece: la de los textos meridionales se orienta de derecha a izquierda, como las lenguas semíticas; los septentrionales, de izquierda a dere-

cha, como el latín (39). La verdad es que sabemos todavía muy poco de estas lenguas, cuyo alfabeto, según Gómez Moreno, "cundió entre celtíberos, pelendones, berones, autrigones y tormogos; los más de ellos célticos" (40). Sólo puede decirse a ciencia cierta que "los textos ibéricos con escritura propia no traspasan quizá el siglo III", y se inician con las monedas de Sagunto (41).

Plinio cuenta, recogiendo el dato de Varrón, que la totalidad de España "fué ocupada por los iberos, persas, fenicios, púnicos", y lo da por sentado; lo único que Plinio pone en duda es cuanto Varrón dice respecto de Hércules, Pireno y Saturno, que tiene por cosas de fábula (*Nat. Hist.* III). No hacemos cuenta acá de las etimología patrocinadas por Varrón y aceptadas por Plinio, superadas hoy por la filología moderna. Aun cuando tengamos noticias sobre el pueblo ibero, muy poco conoce la crítica sobre la lengua ibera: la mayoría de las inscripciones iberas se hallan indecifradas. Este desconocimiento hace que se ignore, por ejemplo, la influencia de las lenguas ibéricas no indoeuropeas antes de la romanización.

Ya está puesta en razón la tesis de que no fueron los iberos los primeros pobladores de la Península, como se vino sosteniendo durante mucho tiempo. Verdad es, asimismo, que los nuevos caminos emprendidos por la crítica después de haber dilucidado el punto no son muy propicios y nos sumen en un mar de contradicciones. El camino ideal es el propuesto recientemente por Caro Baroja, que parece abrirnos nuevos horizontes y ofrece más grata perspectiva. Iberos serían todos los pueblos con quienes griegos y romanos tropezaron y a los cuales sintieron desvinculados de los celtas; ajenos, por lo menos, en lo que hace al lenguaje y la cultura (42). Los materiales útiles para la investigación son los epigráficos. Dichos epígrafes permiten hablar de un estado lingüístico; en ellos debemos encontrar la clave de la lengua. Las monedas ofrecen mejor pie a la investigación, por cuanto las inscripciones sobre piedra no alcanzan aun a ofrecer material aprovechable. El valor de la moneda como documento lingüístico ya no se discute: "Una acuñación hecha por determinada tribu o ciudad, si se puede llegar a precisar en qué lengua lleva su epígrafe, es, sin duda, mucho más digna de ser tenida en cuenta que otra inscripción referente a individuos aislados, encontrada en el ámbito de la misma tribu, pues se entiende que los que la acuñaron lo hicieron teniendo en cuenta la existencia de un grupo social considerable (cuando menos el dirigente) con un tipo de idioma" (43).

Los estudios de Caro Baroja, apoyándose en las desinencias observadas en las inscripciones mencionadas, permiten establecer, en principio, una región oriental (ibérica propiamente dicha), que iría desde Narbona hasta Játiva; otra, septentrional, abarcaría las tierras de Huesca hasta el norte de Burgos, incluyendo el territorio vasco; la tercera zona sería la celtibérica o central; la cuarta, meridional, comprendería las primeras tierras que riega el Guadiana y las del Júcar en su curso medio, hasta la zona almeriense (44). Y la línea que partiendo del valle de Arán llegara, de norte a sur, hasta el curso medio del Cinca serviría para trazar el límite provisional de los dialectos ibéricos orientales y los vascos no célticos; del Cinca, siguiendo ahora de este a oeste, llegaría a la zona montañesa de los alrededores de Pamplona, pasando un poco al sur de Huesca y dejando al margen a Ejea, que con las tierras situadas al mediodía, serían celtas por el lenguaje.

Lo que sí podemos sentar es que al pueblo ibérico, antes que a ningún otro, le corresponde el primer nombre de ciertas peculiaridades ibéricas de la flora y la fauna (45).

C.—No alcanzó al romance de la Península la influencia de las lenguas prerromanas. La indoeuropeización no alcanza, en rigor, sino al Tajo, las sierras de Teruel hasta Villastar, borde oriental de las tierras altas de Celtiberia, Logroño y el Nervión (46). Hoy hablamos de los pueblos preceltas indoeuropeos, anteriores a los celtas, y utilizamos, como criterio lingüístico para la denominación, el hecho de que aquellos conservaban la *p*- en formas como *Pelendones*. "Con la conquista céltica de la mayor parte de la Península —explica Bosch Gimpera— se unificó la cultura de las zonas centrales, cantábricas —apenas si de la vasca— y de Galicia y Portugal". Y estudia luego cómo la resistencia de los iberos y tartesios, así como las zonas litorales y las del valle del Ebro, consiguió impedir, al absorber las infiltraciones de los celtas, un avance que parecía destinado a triunfar (47).

Muchas de las dos voces que llegaron al español por el celta no reconocen en verdad origen prerromano, como que el latín las tomó de los galos (*cerevista*, "cerveza"; *lecua*, "legua"; *betulla*, "abedul"; *camista*, "camisa"; *carrus*, "carro"). Celtas son voces como *arpende*, *alondra*, *brío*, *carpintero*, *cambiar*, *gavilla*, *grava*, *sayo*.

Primero en 1938, y después en trabajos posteriores, formuló Menéndez Pidal —coincidiendo con Schulten— su tesis sobre la existencia de una inmigración de los *ambrones*, pueblo centroeuropeo, que estaría en parte europeizado. Schulten había establecido la vincula-

ción de la toponimia española con la ligur y la alpina, y había situado el encuentro en una época precéltica. El propio Gómez Moreno había hallado síntomas de esa relación anterior a los celtas en la onomástica de la región de la meseta del Duero. Quedan así superadas todas las tesis que no admitían un gran desplazamiento indoeuropeo hacia el territorio español. Los últimos trabajos del arqueólogo Martínez Santa Olalla han tratado de establecer una cronología, según la cual la última invasión de celtas británicos se habría originado en el año de 250.

Muy difícil resulta el intento de reconstruir las características de la lengua celta. Trabajamos sobre conjeturas, aunque utilizando como elementos de consulta los valiosos testimonios de las inscripciones monetarias, que ofrecen, como explica, Tovar, una transcripción más fiel de la que pudieran habernos legado los escritores antiguos. El estudio de estas piezas ha permitido reconstruir el sistema de flexión nominal, que tiene "rasgos plenamente indoeuropeos", como se denuncia en algunos casos de sufixación. Al parecer, se acomodó esta lengua al alfabeto ibérico, como lo hemos recordado más arriba, en el que hallaron adecuado campo fenómenos como "la lenición y la eclipse, que fácilmente hacían pasar una sorda a sonora o viceversa, o convertir una oclusiva en fricativa", como si también presidiera en el celta un criterio de "armonía consonántica" (48). Antonio Tovar ha confirmado para el genitivo plural la terminación -om del ide., lo que obliga (coincidiendo con Caro Baroja a considerar que no solamente era típica del celta la forma -n de que hablaba Pedersen; la observación obliga a reconocer "que la nasal final se pronunciaba muy poco" y que "se empleaba con cierta indiferencia la -m y la -n" indiferencia que para Tovar está relacionada, como es natural, con la influencia de la escritura griega y de la latina (49). Ha probado asimismo (corroborando la observación de Whatnough) que el nominativo plural termina en -os, forma también indoeuropea, conservada en germánico, iranio, etc., pero no en griego ni en latín, lenguas en que ha prevalecido "la terminación de la declinación pronominal" para este nominativo: del proceso de "la reconstrucción del primitivo celta sobre las lenguas célticas insulares" se deducen hechos de interés, "pues si el nom. pl. tiene la flexión pronominal, en -oi, el voc. presenta restos claros de -os, siendo éste un rasgo conservador que no presenta ninguna de las otras lenguas que han perdido esta desinencia para el nom. pl." (50).

Pero si estos estudios permiten algunos adelantos, sólo se relacionan con el problema de la formación nominal. Queda aún en la oscuridad la cuestión de las raíces; Tovar se inclina a pensar que "muchas de ellas son más antiguas que los sufijos y las desinencias con que las hallamos incorporadas a una lengua (o a diferentes dialectos) de claros rasgos indoeuropeos" (51).

Las investigaciones demuestran que hubo elementos ibéricos en la lengua de los celtíberos, y obligan a colocarnos en un ambiente lingüístico típicamente indoeuropeo, "y con caracteres indudablemente celtas":

"Que hubo elementos ibéricos en la lengua de los celtíberos, es indudable, pero esto nos lleva muy lejos pues nos sitúa en la complicada cuestión del sustrato occidental al que aún podemos hacer una alusión. Pero antes debemos dejar sentado que el indoeuropeo de España presenta dos estratos o invasiones de pueblos: una precelta y una celta. Aun habrá de hacerse mucho para delimitar estas dos capas, pero desde luego que por lo que hace a los celtíberos, el carácter predominantemente céltico de su lengua es evidente"
«Jose Puccinelli Converso»
(52).

La existencia de estos dos estratos en la mitad norte de España es definitiva para Tovar: el primero, céltico, estaría caracterizado por la pérdida de la *p*; y el segundo, precéltico, parecería denunciarse por la presencia de dicha consonante a través de su correspondiente sonora *b*, "rasgo precisamente de los dialectos proto-indoeuropeos" (53).

CH.—Kretschamer llama la atención sobre la imposibilidad de reproducir, por falta de una tradición histórica, los avatares de la lengua latina, lo que nos obliga a movernos en el terreno de las deducciones. Más de tres mil años atrás, existió una lengua común, la indoeuropea, hablada por un pueblo que desconocía la escritura. Poco se sabe sobre los caracteres étnicos de aquel pueblo. A través de su vocabulario y por concatenación con algunos acontecimientos históricos posteriores, los estudiosos piensan que los hombres unidos por esta lengua poseían una muy superior civilización, sabían de agricultura, eran buenos administradores, de espíritu vagabundo y conquistador (54).

El nombre de indoeuropeo apuntaba a ambos extremos de las tierras aparentemente ocupadas por ellos. Su expansión fué considerable, si se juzga por la diseminación de las distintas lenguas indoeuropeas, por virtud de numerosas y no muy estudiadas migraciones; estas migraciones fueron creando, como es natural en la historia de las lenguas, movimientos de diferenciación (55). Pero movimientos que prueban que todos aquellos idiomas estaban emparentados con una lengua común, que era, como queda dicho, la indoeuropea.

Los especialistas están de acuerdo en reconocer el parentesco de muchas lenguas asiáticas y europeas, vinculadas estrechamente por el andamiaje fonético, lexicológico y hasta sintáctico, no obstante el perfil individual con que se nos aparecen como naturalmente extrañas entre sí. Y relacionan ese parentesco con la existencia de una lengua indoeuropea unificada. Pocas son las noticias sobre aquella lengua, y las que se tienen han sido obtenidas merced a los estudios de lingüística comparada. Entre las características del ide, estaba la de tipificar la tercera persona del singular en la conjugación por la -t final seguida de vocal y la de caracterizar a la tercera del plural por -nt finales seguidas de vocal.

Es preciso, antes de seguir adelante, insistir en que no hablamos acá de raza sino de lengua indoeuropea. Pensamos en cierta unidad lingüística, y la entendemos como la representante de "una unidad de civilización que resulta de la conquista" (56). Esta unidad estuvo preparada por un desarrollo lingüístico anterior, sin duda alguna; no apareció el ide. "como producto espontáneo, sin vínculo alguno con las lenguas de las comunidades humanas contemporáneas o anteriores" (57): hubo quizás lenguas indoeuropeas que se hallaban ya muy extendidas a la hora de constituirse la unidad indoeuropea, y ya Kretschmer y Hrozny han aportado noticias valiosas al respecto (*Las lenguas y los pueblos indoeuropeos*, Madrid, 1934). Hechos hubo, hoy desconocidos por nosotros en su mayoría, que fueron quebrando lentamente esa unidad, y a consecuencia del fenómeno fueron naciendo diversas lenguas indoeuropeas. Esta suposición, defendida por algunos autores, no niega la que patrocinó en su hora Antoine Meillet (*Les dialectes indo-européennes*, París, 1908) sobre la existencia de regiones dialectales en el ámbito ide.; diremos con Vendryes, que "es verosímil que la unidad de lengua común encerraba elementos de diferenciación a los que la ruptura de la unidad no hizo más que dar libertad de acción" (58).

Una historia de las migraciones producidas entre los hombres que se sirvieron del indoeuropeo permitiría proplamente un acabado es-

tudio del problema; pero es casi nada lo que la crítica recoge sobre esas migraciones. Este ir y venir obligó a aquellos hombres, en sus pacíficas y a veces violentas incursiones, a tropezar en pueblos y civilizaciones inferiores o superiores; y estos choques fueron favoreciendo la dispersión de la lengua y su posterior desaparición, por obra de la fuerza con que las otras lenguas parecían imponerse. El *ide*, comenzó a sentirse lenguaje diferenciado; cada grupo lingüístico fué sufriendo paulatinamente parcelamientos dialectales que a veces trocáronse en lenguas notoriamente distintas, con personalidad adquirida (59). El rasgo más saliente en la historia de estas lenguas estaba para Meillet en la progresiva manera de extenderse: (60) todavía prosigue históricamente, sin ir más lejos, la penetración indo-irania en la India. Y aun en aquellas zonas donde el *ide*. ha sido detenido por las lenguas no indoeuropeas, no podemos hablar de su desaparición total. Pero si se comprueba fácilmente, de un lado, este poder de expansión, aún no salimos de las hipótesis cuando queremos reconstruir el procedimiento de la expansión por casi toda Europa. Las sospechas nos permiten decir que esta penetración se hizo ciertamente por algunos de los procedimientos hoy conocidos: o la conquista, o la penetración lenta, o la colonización, o la eliminación de la lengua de los vencidos por imposición de la lengua vencedora. No podemos decir con certeza cuándo ni cómo ni dónde se inició tal o cuál proceso. Sobre todo, no lo podemos decir hoy, cuando sabemos que *lengua y raza* son conceptos independientes.

Pero sí podemos establecer, por lo que se conoce de esa división anotada, un cuadro de la repartición de dichas lenguas hasta el siglo XVI en Europa y en Asia. Consideraríamos once grupos: indo-irania, griego, itálico, celta, germánico, báltico, eslavo, albanés, armenio, tocario e hitita.

El grupo *indo-irania* comprende un subgrupo *indoario* y otro *iranés*. El grupo *indoario* lo forman lenguas provenientes de la India septentrional y de parte de la meridional. El *sánscrito*, que se con grupo *iranés* estaba formado por el conjunto de lenguas de la región conserva aun en la India moderna, corresponde a dicho grupo. El sub-*irania*; a él corresponde el antiguo *persa*, que primó durante la época de Dario, reducido a un silabario cuyos caracteres representaban simultáneamente una consonante y una vocal. Después de la conquista musulmana, tendremos el *persa*, escrito con caracteres árabes, y el afganistano. También perteneció al grupo la ya perdida lengua de los *escitas*.

El grupo g r i e g o lo constituían las lenguas de la Grecia continental, de las islas vecinas, de las colonias griegas de Asia Menor, sud de Italia, Cerdeña y ciertos lugares de las costas mediterráneas. Estaba repartido en dialectos, muchos de los cuales conocieron la escritura entre los siglos VII y VI a. C. Llegada la época de Alejandro, la lengua se unifica y adopta las características del hablar ateniense. En la actualidad, la lengua griega está nuevamente dialectalizada.

El i t á l i c o, grupo formado por las lenguas de Italia, por estar tan próximo al celta, formaba con éste en realidad una unidad, el grupo *italocelta*. El celta ha alcanzado a sobrevivir en las Islas Británicas, se habla todavía en Irlanda, cuya literatura cristiana con caracteres latinos puede situarse en el siglo VII, y se conserva, con algunas variaciones, en Escocia y en el país de Gales.

Antes del cristianismo, las lenguas que formaron el grupo g e r m á n i c o no parecen haber llegado a la escritura. El góttico se escribe merced a la adaptación de los tipos griegos (en la traducción que, hacia el año de 350, hace el obispo Wulfila de la Biblia); el escandinavo sólo conoció una escritura que se tiene por derivada del latín; el *alto alemán* empezó a escribirse en el siglo VIII, mientras que el *bajo alemán* tardó un siglo más y comenzó a ser escrito en caracteres latinos; el *sajón*, que formará buena parte del bagaje del inglés, se escribirá, también con caracteres latinos, después del siglo IX. No hay que recordar que con estos troncos se relaciona el *idisch*, hablado por los judíos orientales y escrito, con caracteres hebreos, el *holandés* y el *flamenco* (Holanda y Bélgica), grupo al que pertenece el flamenco del norte francés; el *danés*, el *sueco* y el *noruego*, derivaciones del escandinavo.

Encuadrado entre el grupo eslavo y el germánico, el b á l t i c o fué un grupo muy reducido de lenguas que apenas si subsisten en el *lituano* y el *letón*. El grupo e s l a v o, por lo contrario, está constituido por gran número de lenguas, que conocen tarde la escritura. Cohen recuerda que la primera traducción de la Biblia en el antiguo búlgaro data del siglo IX. La lengua principal es el *ruso*. El *ucranio*, el *ruso blanco*, el *polaco* (escrito con caracteres latinos a diferencia de la mayoría de los otros, que se acogen a la escritura cirílica), el *checo*, el *yugoeslavo* (comprendido acá el serbocroata y el eslovaco) constituyen las otras lenguas del grupo. La escritura está regida, en cierto modo, por un planteamiento religioso: los ortodoxos utilizan derivados del alfabeto griego, a diferencia de los católicos, que buscan los derivados del latín.

El albanés y el armenio son grupos aislados, reducidos. La literatura albanesa data sólo del siglo XI, con prevalencia de los caracteres latinos, mientras que las condiciones en que se desenvuelve el grupo armenio son mejores, ya que tiene literatura más antigua (desde el siglo V), con prioridad en la escritura de los caracteres griegos.

El tocario y el hitita son grupos extinguidos, de los que vale recoger únicamente la noticia de que las características de su escritura tiene semejanza con la cuneiforme o con los jeroglíficos hititas (61).

Hasta hace unos años, era cosa aceptada pensar que los indoeuropeos vinieran del Asia; pero ha perdido validez por falta de prueba documentada. Se cree ahora, con mejores fundamentos, que los indoeuropeos residieron primitivamente en tierras europeas; en abono de esta afirmación se recurre a las aportaciones de los arqueólogos, que advirtieron una evolución constante desde la iniciación del último período de la Edad de Piedra, sin solución alguna de continuidad que permitiera pensar en una irrupción de pueblo extraño. Claro está que la hipótesis viene también sin las necesarias pruebas, tan difíciles de obtener tratándose de lengua que ha desconocido la escritura, pero es más verosímil, dentro del rigor científico. Asimismo, se hace difícil seguir el curso de esa evolución y tratar de individualizar los distintos estados por que atravesó la lengua desde el primitivo indoeuropeo hasta las lenguas surgidas en los tiempos históricos (62).

Advertencia.—La imposibilidad de que nuestros alumnos obtengan en Lima el material indispensable para adquirir nociones generales sobre nuestra pre-historia lingüística, así como el desconocimiento de lenguas modernas de que adolencen nuestros estudiantes, justifican la aparición de esta breve monografía.

N O T A S

1. SANTIAGO ALONSO GARROTE, **El dialecto vulgar leonés hablado en Maragatería y tierra de Astorga**, Madrid, 1947, 2da. ed. 27 y ss.
2. ANDRE BASSET, **La langue berebére**, París, 1921, Introd., viii. Véase asimismo MARCEL COHEN, en *Les langues du monde*, (160).
3. ANTONIO TOVAR, **Prehistoria lingüística de España** (CuHEsp., VIII 142). Consúltese además su libro **Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas**, Buenos Aires, 1949.
4. Véanse las citas de Bosch-Gimpera, que callamos para no ser prolijos, en su estudio **Los iberos** (CuHEsp., IX, 91, nota 58). El problema está estudiado con detalle en la monografía de P. Fouché. **A propos de l'origine du basque** (EM, V, Supl., 1945), aun cuando algunas de sus conclusiones merecen tomarse con reservas. Para el parentesco del vascuence con el latín, es de imprescindible lectura el libro de Julio Caro Baroja, **Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina**. Salamanca, 1946. Sobre las vinculaciones del vasc. con las lenguas caucásicas, es de utilidad el trabajo de José Alemany, **Más pruebas del parentesco del vasco con el caucásico y con las lenguas ur al oaltaicas**, (BAE, XX, 218-242).
5. Respecto del etrusco, los alumnos pueden consultar hoy el trabajo de Terracini, **Interpretación del etrusco**, reunido en su libro **Conflictos de lenguas y de cultura**, Buenos Aires, 1951. 197-218.
6. Vid. NRFH, III, 245.
7. Bosch Gimpera, CuHEsp. IX, 90.
8. **Lingüística y arqueología. Sobre los pueblos primitivos de España**. Publicado en los **Anales de Arqueología y Etnología** de la Univ. Nac. de Cuyo, 1947. Vieron la luz en 1949.
9. ANTONIO TOVAR, **Los Pirineos y las lenguas prelatinas de España**, Zaragoza, 1952, 6.
10. AMERICO CASTRO, RFH, III, 260, nota 75.
11. **Diálogo de la lengua** (Clás. Cast. CXXXVI, 33 y 22).
12. ERNST GAMILLSCHEG, **Romanen und Basken**, Wiesbaden, 1950, 8-12.
13. CASTRO GUIASOLA, **Op. Cit.**, pág. 23, nota 1.
14. TOVAR, **Los pirineos y las lenguas...**, pág. 8.
15. **El gerundense y la España primitiva**, Madrid, 1879. La cita es de Castro Guisasola.
16. CASTRO GUIASOLA, **Op. cit.**, 41.
17. CASTRO GUIASOLA, **Op. cit.**, 50.
18. CASTRO GUIASOLA, **Op. cit.**, 77.
19. CASTRO GUIASOLA, **Op. cit.**, 282.
20. HUGO SCHUCHARDT, **Primitiae Linguae Vasconum** (ed. A. Yriguray), Salamanca 1947, 29 y ss. Es libro de útil consulta el de Ramón Menéndez Pidal, **Introducción al estudio de la lingüística vasca**, Soc. de Est. Vascos, Barcelona, 1921.
21. ANTONIO TOVAR, CuHEsp, VIII, 143.

22. RAFAEL LAPESA, *Historia de la lengua española*, Madrid, 1942, pág. 27.
23. Javier-Chabarrí, *dos dialectos ibéricos*. (EM, XVI, 1-13). El autor presentó esta comunicación a la primera reunión de Toponimia Pirenaica, en agosto de 1948 (vid. Fil. III, 131). A propósito de este tema, consúltese la monografía de B. Tarracena, *Notas de prehistoria navarro-vascongada* (EMP, II, 643-663).
24. ANTONIO TOVAR, *Un nuevo trabajo de Menéndez Pidal sobre el problema vasco-ibérico* (Fil. I, 55-58).
25. FOUCHE, *Op. cit.*, 81-82.
26. ANTONIO TOVAR, *Fil. I*, 58. Consúltese asimismo, del propio Tovar. *Los pirineos y las lenguas prelatinas de España*, ya citado.
27. LAPESA, *Op. cit.*, 18-20.
28. VICENTE CARCIA DE DIEGO, *Manuel de Dialectología*, Madrid, 1946, 195-196.
29. MAX LEOPOLD WAGNER, *La lingua sarda*, Bern, s. a., pps. 67, 76, 106, llama la atención sobre ciertas correspondencias entre el sardo y el rumano con relación a las oclusivas delante de e, i, así como sobre algunas influencias líbicas e ibéricas fácilmente perceptibles en el sardo.
30. GARCIA DE DIEGO, *Ibid.*, 197.
31. GEORGES LACOMBE. *Structure de la langue basque* (CILP, V, 12-18).
32. Vid TROMBETTI, *Origini della lingua basca*, 1925; UHLENBECK, *De la possibilité d'une parenté entre le basque et les langues caucasiques* (Rev. Int. des études basques, XV, 1924).
33. RENE LAFON, *Les origines de la langue basque* (CILP, X, 59-81).
34. Como no hallamos en Lima el *Homenaje a Menéndez Pidal*, no podemos confrontar nuestras papeletas recogidas en el extranjero. No he alcanzado a revisar las *Observaciones* de Caro Baroja sobre el vascoiberismo (EM, X, 236-286, XI, 1-59); véase su artículo *La geografía lingüística de la España antigua a la luz de las inscripciones monetales* (BAE, XXVI, 197-246). Y véase también, para el intento de reconstruir el estado monetario sobre datos lingüísticos, el trabajo de Felipe Mateu en EMP, II, 595-628.
35. Un claro resumen del estado de la península antes de la romanización se hallará en el ensayo de Bosch Gimpera, *De la España primitiva a la España medieval* (EMP, II, 533-549, especialmente, 536-540).
36. WALTER BELARDI, *Le lingue del mondo*, Roma, 1953, 80.
37. El profesor J. Vallejo, en su estudio *La escritura ibérica. Estado actual de su conocimiento*, analiza y discute las teorías de Gómez Moreno (EM, XI, 261), de quien habrá que consultar todavía *Los iberos y su lengua*, que vió la luz en el HMP, III, 475 y ss.
38. JULIO CASARES, *El silabismo en la escritura ibérica. Contribución a su estudio* (BAE, XXIV, 11-40). Consúltese también JAMES FEVRIER, *L'Alphabet*, en el vol. I, cuad. I, de la *Encyclopédie Française*, Paris, 1937, 44-46.
39. JAMES FEVRIER, *Histoire de l'écriture*, Paris, 1948, 324.

40. MANUEL GOMEZ MORENO, *Digresiones ibéricas: escritura, lengua* (BAE, XXIV, 275-288). No conozco el estudio del profesor Alvarez Delgado (Rev. Hist. LXX, La Laguna, 1945), citado por Tovar en BAE, XXV, 42 nota.
41. GOMEZ MORENO, en HMP, III, 492-93. De los valores del silabismo ibérico se ha ocupado también recientemente Antonio Tovar (EM, II, 201 y ss.)
42. RAMON MENENDEZ PIDAL, *Manual de gramática histórica*, Madrid, 1944, 15.
43. JULIO CARO BAROJA, *La geografía lingüística de la España antigua a la luz de las inscripciones monetales* (BAE, XXVI, 230). El artículo es lo más completo que conozco sobre el problema.
44. Transcribimos casi literalmente al autor, art. cit., pág. 231.
45. VITTORIO BERTOLDI, *La Iberia en el sustrato étnico-lingüístico del Mediterráneo Occidental* (NRFH, I, 141).
46. Vid. ANTONIO TOVAR (CuHEsp. VIII, 145).
47. BOSCH GIMPERA, (EMP, II, 541).
48. ANTONIO TOVAR, *Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtíberos*. (BAE, XXV, 7-42; especialmente 14-15).
49. "En España la -m predomina en las inscripciones indígenas en letra latina... La influencia de las lenguas con tradición literaria puede ser la decisiva para la grafía, y así tenemos que el umbro, por la influencia del lat., convierte en -m incluso las -n etimológicas en casos como *n u m e m*, *A k e r u n i a m - e m* (por *numen, Akeruniam en*) y *toteme* (por *totene*): como las nasales finales tendían en umbro a perderse, en la reacción por conservarlas, el contacto con el lat. imponía la -m" (TOVAR, art. cit., pág. 19).
50. TOVAR, *ibid.*, 17.
51. TOVAR, *ibid.*, 27.
52. TOVAR, *ibid.*, 36; lo transcripto, en 37.
53. TOVAR, *ibid.*, 38.
54. MARCEL COHEN, *Histoire d'une langue. Le français*. Paris, 1947, 26.
55. VICENTE GARCIA DE DIEGO, *Manual de dialectología española*, Madrid, 1946, 14 y ss.
56. JOSEPH VENDRYES, *Las lenguas indoeuropeas*, Buenos Aires, 1946, 2.
57. VENDRYES, *op. cit.*, 4.
58. VENDRYES, *ibid.*, 3.
59. El valor de la metátesis en la evolución lingüística, que ya se advierte en las lenguas ides., ha sido estudiado seriamente por Ilmari Lathi, *La metathese de l'r dans les idiomes romanes*, Helsinki, 1935 (vid. RFE, XXIX, 330-338). No hemos podido consultar E. Monaci, *Facsimile di documenti per la storia e la letteratura romanza*, Roma, 1910.
60. ANTOINE MEILLET, *Introduction a l'étude des langues indo-européennes*, Paris, 1915, 56.
61. COHEN, *op. cit.*, 28-34. Para el hitita habrá que tener en cuenta las aclaraciones que se desprenden de las obras de Delaporte, y espe-

cialmente de Hrozny (Cf. la nota de Francois a la traducción de la obra de Vendryes, ed. cit., 32-33). Y para el estudio en pormenor de las lenguas ides. es de importancia la colección de varios tomos que constituye el **Manual de Lingüística indoeuropea**, que dirige Antonio Tovar. Constará de catorce tomos, de los cuales siete han sido ya publicados.

62. P. KRETSCHMER, **Introducción a la lingüística griega y latina**, Madrid, 1946, 136 y ss.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»